

La emancipación tiene que ver con poder leer críticamente las coagulaciones subjetivas: una conversación con Alexandra Kohan

Publicado el 06 de mayo de 2022

María Mónica Sosa Vásquez¹
Cronopia94@gmail.com


María Mónica Sosa Vásquez: Como muchas personas, llegué a tus ideas por la nota “Acostarse con un boludo no es violencia”² que, en su momento, me generó muchísima incomodidad. Dudé de si aquella incomodidad no respondía, en realidad, a una incomprensión de mi parte o, más bien, a una ausencia de lecturas. Al releerla para esta entrevista, noté muchas aristas en las que después profundizas en tus obras *Psicoanálisis: por una erótica contra natura* (2019) y en *Y Sin Embargo, el amor: elogio de lo incierto* (2020). Algunas semillitas ya estaban ahí. Repasando estas ideas, me intriga saber más sobre tu acercamiento a los feminismos o, más bien, sobre cuándo fue que te empezaron a hacer ruido algunos discursos que te llevarían a la redacción de tu primer libro.

Alexandra Kohan: Sí, en esa entrevista las cosas estaban más acotadas porque es género entrevista, a pesar de que estuvimos con Agustina Escobar, dos horas y media hablando en mi consultorio... Eran cuestiones que estaban, en ese momento, de manera inminente y después, seguramente, fueron desarrolladas de otra manera en mi escritura y en otro tipo de intervenciones. También entre el 2019, cuando ocurrió esta entrevista, y hoy han pasado muchas cosas. No sólo pasó la pandemia —y eso tiene impacto en una cantidad de otras cosas—, sino también pasó muchísimo en el movimiento feminista. No es lo mismo lo que está pasando ahora que lo que pasó hace dos o tres años.

¹ Antropóloga Social egresada de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY).

Maestrante en Antropología Social de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Argentina. Miembro del Laboratorio de Antropología Aplicada (LAB) en la FLACSO y del Observatorio Electoral de América Latina en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Líneas de investigación: género, memorias, etnicidad y antropología política. Publicó “Cultura, acoso y sociedad: de hegemonías y feminismos” (2020) en *Revista Encartes*; “Eros: jardín de espinas frágiles” (2021) en *Debate Feminista*; y “Sé que no soy ‘Monedita de Oro para Caerle bien a Todas’”. Afectos en la Política y la Política desde los Afectos” (2021) en *Nomadías*.

² Escobar, Agustina. (2019). Acostarse con un boludo no es violencia / Entrevista con Alexandra Kohan. Revista Panamá. Recuperado el 4 de septiembre de 2020 de <https://panamarevista.com/acostarse-con-un-boludo-no-es-violencia/>




Noto que hay un montón de gente que en ese momento me escrachó a mí y que ahora está, de algún modo, diciendo “bueno, es verdad, los escraches no...”. Entonces, me alegro. Nada de lo que pasó me lo tomo personal, a pesar de que fue personal. Es decir, me alegra haber podido contribuir a que más gente se ponga a pensar en cosas que estaban produciendo daño. Para mí, esa es una enorme satisfacción porque me importa —no por una cuestión personal—, sino porque a mí me importa mucho el padecimiento de los demás, de eso trabajo. Y todo lo que digo y mis modos de intervención tienen que ver o, mejor dicho, surgen del interés fundamental —desde hace más de 25 años— de ocuparme de escuchar el padecimiento de otros. Me importa mucho el padecimiento.

Mi acercamiento a los feminismos... Yo no diría que fue a los feminismos. No hubo ese acercamiento. Yo podría, en ese sentido, pensarme a mí —como hago siempre, porque me analizo³ desde hace muchísimos años—, en cómo fue mi vida, y cómo siempre me importaron ciertas cuestiones feministas. Nunca necesité explicitar ni autoproclamarme feminista. No necesito eso para llevar una vida feminista. Por supuesto, las reivindicaciones del feminismo me interesaron siempre.

Hay una cantidad de gente anti-feminista. No tengo ninguna duda de eso. Después están las prácticas en la vida. Me molesta la gente que se autoproclama feminista y se embandera en ser dueña del feminismo y después tiene prácticas de desigualdad ¿Qué hacen cuando ocupan lugares de poder esas mismas personas que se llaman feministas?

En general, siempre me interesó revisar mis propias prácticas, sobre todo, revisar los lugares de poder que ocupó porque, efectivamente, ocupó lugares de poder: doy clases en la universidad, atiendo pacientes, personas que trabajan conmigo, etc. Me parece que se trata de revisar. Para mí, eso es el feminismo. No sólo reivindicar más derechos para las mujeres. Sin dudas, el aborto, la equidad en ingresos económicos, la posibilidad de que las mujeres accedamos a puestos que antes nos estaban vedados, etc. Eso sin dudas. Ahora, si eso se piensa desprendido de las cuestiones de poder, desprendido del capitalismo —en el sentido de las inequidades que produce el mismo capitalismo—, eso es un feminismo vacío que a mí no me interesa; no me interesa porque no conduce a nada, simplemente es una lucha de poder para ver quién ocupa más lugar y, después, esas mujeres ocupan lugares de poder y no piensan ya más nada.

³ En Buenos Aires, el término “analizarse” remite a la asistencia a terapia psicoanalítica.




En ese sentido, diría, no me acerqué en ese momento, especialmente, en ningún lado. Salvo que, en Argentina, del 2015 hasta ahora, el movimiento feminista fue ocupando cada vez más lugar, y eso siempre hay que celebrarlo, pero en esa ebullición del movimiento, también hubo mucha ebullición de discursos, ebullición de sentidos que se desprendían de ese movimiento feminista y el movimiento feminista no quedó solamente subsumido a la reivindicación de más derechos para las mujeres, sino que también empezó a desbordar hacia lugares que quizá históricamente no había desbordado y empezó a emitir discursos muy relacionados, sobre todo, a un área que a mí me interesa muchísimo, que es Eros.

A partir de ahí me empecé a interesar, no diría en el feminismo —insisto—, sino en esos discursos. Ese fue, más o menos, el recorrido. Después, un libro que hay que mencionar, [y] que a mí me parece muy loable porque puso el plural en Feminismo, que se llamó *Feminismos*, a la vez que un texto fundamental para mí que es *El feminismo no existe* de Florencia Angilletta, una de las primeras que empezó a hablar de feminismos, porque ahora todos hablamos de feminismos, pero, en ese momento, era “El Feminismo”. Todos hablamos de “feminismos”, los que consideramos que el feminismo no es un asunto de pocas. Hay otras que se creen las dueñas del feminismo y dicen “el feminismo”, en singular.

María Mónica: Con mayúsculas

Alexandra: Con mayúsculas y, casi casi, que “el feminismo soy yo” y las demás son señaladas como “anti”. Este libro, *Feminismos*, fue compilado por Leticia Martín, en el que incluyó una cantidad de entrevistas que nos hizo a un montón de mujeres de distintas disciplinas. Eso es muy lindo porque es un libro muy heterogéneo, no sólo en el grupo de mujeres a las que convocó, sino en el tipo de preguntas que formuló. Eso fue en 2017. Así fue el recorrido, pero no es que yo me identifique especialmente ni que sea militante.

María Mónica: Yo te preguntaba porque sé que hay una narrativa que dice que desde 2015 hay, efectivamente, una mayor difusión de los feminismos en distintas áreas por el “Ni Una Menos”, pero me pregunté, con base en que el feminismo no es del todo nuevo —aunque tenga elementos novedosos—, por las distintas olas y expresiones que ha habido. No quería tomarlo por sentado. Y también me preguntaba si durante tu formación también hubo algo de eso, aunque quizá tenía otro nombre... No quiero asumir que todo empezó ahí.




Alexandra: Para mí, no empezó todo ahí. Ni para mí, en lo personal, ni tampoco empezó el feminismo ahí. Y me parece que cuando alguien empieza a interesarse en un movimiento, lo peor es no reconocer su historia. En lo personal, yo te podría decir que eso empezó en mi familia... Mi educación sentimental fue totalmente feminista, aunque —como vos decís— no se llamara “feminista” porque mi mamá nunca tuvo la necesidad de declamar “yo soy feminista”. No la hubo nunca en mi casa, yo diría al revés: se transmitieron genuina y naturalmente, por ejemplo, la independencia económica de la mujer, cuestión de la que se habla muy poco hoy en día, y me parece fundamental en el feminismo.

Mi mamá se murió este año, a los noventa años; o sea, te estoy hablando de hace mucho tiempo. En mi casa siempre se transmitió eso. Mi mamá estuvo casada muchos años con mi papá, que podía mantenerla y, aun así, ella trabajó toda la vida y tuvo independencia económica toda la vida. Del aborto y la sexualidad se habló en mi casa toda la vida. No eran temas tabú. Tuve esa fortuna. Me parece que, gracias a que esas cosas me fueron transmitidas, me hicieron pensar como pienso. Por eso me formé en el psicoanálisis que me parece que tiene esos fundamentos también, los de la emancipación.

Esto es un dato: mi adolescencia transcurrió en la post-dictadura, con lo cual era el momento del “destape” o, si quieres, de la “libertad”. La salida de la represión tuvo una ebullición muy fuerte, como cualquier salida de un régimen dictatorial. Me parece que no es menor que mi adolescencia haya transcurrido ahí. Fueron años muy felices. Y como dice Iliana Arduino, una abogada feminista que me gusta mucho, ella lo dice, más o menos, así: me niego a que señalen hoy, retrospectivamente, que en mi adolescencia fui víctima, porque en mi adolescencia fui muy feliz. Ella tiene más o menos mi edad.

También hay mucho de eso, de señalarnos a las más grandes que, en realidad, lo que nosotras vivimos fueron abusos, pero que no lo podíamos reconocer porque no sabíamos... Hay mucho de ese señalamiento desde las más jóvenes hacia las más grandes —tengo 50 ahora— de levantarnos el dedito y decirnos “ustedes...”, y me parece que no, que se puede celebrar muchísimo —y eso lo celebramos muchísimo— la visibilización de situaciones que, efectivamente, antes no se consideraban abusivas y que sí, eso hay que visibilizarlo. Ahora bien, no se puede generalizar y decir “todas nosotras fuimos víctimas de abusos y no lo sabíamos”. Eso me parece cuanto menos impreciso para, efectivamente, pensar los abusos y las violencias que sí tenemos que visibilizar.



María Mónica: Es súper interesante lo que dices porque creo que, a fin de cuentas, el pasado está en constante reinterpretación con los marcos del presente. Y también, o más bien, sobre todo responde a sus intereses. Creo que la narrativa del victimismo y el mujerismo tienen un lugar predominante y se ha convertido en el lente o el prisma a través del cual se analizan las vidas de todas y de todos...

Alexandra: Es un problema.


María Mónica: Sí. Y digo de “todos” porque también es este cuestionamiento de “¿seguro que tú no abusaste de nadie?” dirigido hacia los hombres.

Alexandra: Eso sin duda. Además, está el esencialismo a flor de piel: los varones son abusadores y las mujeres somos abusadas, como si no hubiera casos, sobre todo, de abuso infantil dirigido hacia los varones. Está clara la discusión. No estoy diciendo que no haya distinción, pero me parece un problema apoyarnos en esos esencialismos llenos de prejuicios y, como todo esencialismo, lleno de estereotipos. Además, termina convirtiéndose en un discurso totalitario: todas fuimos abusadas y todos son abusadores. Me parece que, a esta altura, eso ya se revisó. Me parece que se advirtió el impedimento para pensar qué eso conlleva.

Después está eso que vos señalás: el victimismo. Efectivamente, esto excede a los feminismos y, a su vez, no se puede subsumir al feminismo en eso. Lo excede porque el victimismo aparece en una cantidad de otras zonas. Me parece que, si lo pensamos como una subjetividad de la época, es al revés: el feminismo, como movimiento emancipatorio, debería ser capaz de leer esa subjetividad. La emancipación tiene que ver, también, con poder leer críticamente las coagulaciones subjetivas que se forman.

María Mónica: Ahora que mencionas el esencialismo, en *Psicoanálisis contra natura* (2019), el primero de tus libros, retomas constantemente las posiciones dentro del psicoanálisis y pensaba en que eso permite desmarcar los géneros asociados a los genitales, que es algo que veníamos hablando respecto a los esencialismos. A la par, me preguntaba si, por ejemplo, el uso del lenguaje inclusivo podía ser una forma de desmarcar. No sé cuál será tu concepción sobre su uso.

Alexandra: Efectivamente, a mí me llama la atención cómo, por un lado, toda la cuestión de las posiciones sexuadas va en contra de la genitalización. En el sentido de cómo se autopercebe alguien o la identidad de género, o la orientación



o al objeto al que se dirige, etcétera. Pero, por otro lado, refuerza las posiciones de “más mujeres acá”; “menos mujeres acá”; “en una foto hay mujeres”, “en otra foto no hay mujeres”. Como si sólo importara la presencia de la mujer y como si la mujer se definiera por los genitales porque, si vos ves una foto y decís “faltan mujeres”, insisto, una cosa es pelear porque haya más acceso a lugares que antes estaban vedados para las mujeres, y otra cosa es que una mujer se puede definir por una foto.


Respecto del lenguaje inclusivo, tengo una posición que es la siguiente: por supuesto, cada quien que lo use como quiera. Yo no lo uso porque no me sale. Me parece muy aparatoso usarlo. Pero noté que cuando surgió era para mostrar una incomodidad en la lengua, que refiere a esa incomodidad de lo que quedaba excluido, pero no sé cómo será en México, pero aquí hay muchas instituciones que ya lo han declarado oficial, por ejemplo, ciertas universidades.

María Mónica: La Universidad de San Martín (UNSAM), me parece.

Alexandra: No sé si la UNSAM, pero ciertas facultades de la Universidad de Rosario (UNR); ciertas facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Con lo cual, cuando un lenguaje —como el lenguaje inclusivo— destinado a incomodar, se transforma en lengua institucional, para mí, pierde toda potencia. O sea, la potencia de la incomodidad sólo puede persistir en la medida en la que no se institucionalice. Cuando se institucionaliza es una lengua más de las instituciones, entonces, ya pierde. Eso, por un lado y, por otro lado, otra cuestión que pensé respecto al lenguaje inclusivo es, un poco, lo que decía con la primera pregunta. Hay mucha gente que cree que usar el lenguaje inclusivo es suficiente y la tranquiliza y después es totalmente segregativa en sus prácticas. O sea, usan a la perfección el lenguaje inclusivo, pero después se la pasan expulsando y excluyendo a otros de ciertos lugares. A mí me parece que cuando el lenguaje inclusivo cobra la vertiente del lenguaje instrumental, termina anestesiándonos, adormeciéndonos y, otra vez, evitando revisar nuestras prácticas.

María Mónica: Sí. A veces pienso que también sucede a la inversa. O sea, una persona que no tiene, quizá, esa labia o no está muy empapada en esos discursos, que viene más de un ámbito progresista o de izquierda, puede tener o contemplar, en sus prácticas, cuestiones más inclusivas hacia los demás.

Alexandra: Por supuesto.




María Mónica: Pero, al no tener esa labia, es identificado o identificada como alguien que no es lo suficientemente “inclusivo” o “inclusiva”. Bueno, hay algo que me despertaba al leer tus obras. Tú mencionas cómo el psicoanálisis nace de la *talking cure*, que se le planta a la psiquiatría y usa esta categoría de “histérica” — que ya se venía usando antes de Freud— y, sin embargo, aún se le endilga mucho de ser una disciplina machista o patriarcal. Quizá no las personas que estudian psicoanálisis, más vale, pero desde algunos sectores feministas, sí lo he escuchado, lo he notado. Lo he visto en muchas infografías, por mencionarte un formato. Entonces, ¿Cuáles son las principales ideas que consideras que sostienen esta concepción del psicoanálisis como machista?

Alexandra: Mirá, me parece que la única manera de sostener que el psicoanálisis es machista es no haber leído nada de psicoanálisis o nunca haberse analizado y diría que también tiene que ver con las maneras de leer. El psicoanálisis no es un dogma, entonces, el problema es leerlo como dogma. Cuando uno lee cualquier cosa como un dogma, es un problema porque eso no sería lectura sino repetición. Leer a Freud con las categorías de hoy y no situar el descubrimiento freudiano en condiciones sociales y políticas de un momento, es leer mal. Por otra parte, leer es un poco profanar y eso incluye leer críticamente.

Luego, suponer que el psicoanálisis es una teoría que se aplica. Eso no es el psicoanálisis. Y por supuesto, debe haber psicoanalistas machistas. Claro, como debe haber dentistas machistas. Ahora, el asunto también es confundir que en un análisis se trata de la persona del psicoanalista, es decir, un psicoanálisis no pone en juego los valores de la persona del psicoanalista. Quien hace eso, está haciendo mal su trabajo de psicoanalista. Eso no es el psicoanálisis. Con lo cual, me parece a mí, que esos prejuicios rondan alrededor de suponer que el psicoanalista es un señor o una señora, no importa, que le inocular ideas al paciente; o que le lava la cabeza; o que le va a meter el patriarcado en la cabeza.

El psicoanálisis tampoco es uno solo. Que ha habido, por supuesto, toda una corriente del psicoanálisis, en algún momento, y debe seguir habiéndola, que considera que la homosexualidad es una enfermedad, por decir una de las cosas que se dicen más a menudo, o la idea de “lo heteropatriarcal”. No es tan sencillo qué quiere decir “heteropatriarcal” porque, en estos años, la palabra “patriarcal” se ha convertido en una palabra vacía, o como dice Florencia Angilletta, una palabra “tapón”, en el sentido de que se repite y se repite y ya nadie piensa en qué quiere decir eso. En ese sentido no puedo responder por el psicoanálisis ni por todos los psicoanalistas. Lo que creo es que está equivocada la idea de que



Freud es misógino, cuando Freud fue el primero en sacar a las mujeres de ese dispositivo de poder que era el discurso médico. Freud les devolvió la posibilidad de hablar y de poner en juego un decir. Entonces, decir que Freud es misógino o machista, que no son estrictamente la misma cosa, sólo puede sostenerse a condición de no haber leído o de haber leído con prejuicios, o sea, no haber leído.

María Mónica: Claro, justamente ayer mientras escribía algunas ideas para esta conversación, pensaba en que Freud logró contraponer la escucha, la potencia que tiene la escucha para descalabrar algunas ideas de lo que son los estereotipos que persisten en la mirada clínica que tienen la medicina y la psiquiatría. En otro orden de las cosas, Alexandra, me fijé que en tu “bio” de Twitter, porque sé que eres una gran tuitera, te describes como discípula de Auguste Dupin, el detective. Y leí un cuento donde aparece...

Alexandra: Claro, *La Carta Robada*.


María Mónica: No, no *Carta Robada*. *Los Asesinatos de la Calle Morgue*.

Alexandra: Ah... El de la Calle Morgue. Sí, porque Dupin está, creo, en tres o cuatro.

María Mónica: Al leerlo, pensaba en que hay un montón de lo que es la perspicacia y el ingenio y las deducciones que hace un psicoanalista. Y en la última parte de ese cuento, cuando Dupin dice “yo me conformo con haberle ganado al policía en su propio terreno” y que a ese saber, el policial, le faltaba el cuerpo, me pareció muy preciso para pensar la *talking cure*.

Alexandra: Sí, lo que el género policial pone en escena, a través del detective, es que está por fuera de cualquier institución. Me parece que la institución aplana la posibilidad de pensar. Esto que hablábamos de la institucionalización del lenguaje inclusivo. El detective, desde su surgimiento en Edgar Allan Poe hasta acá, se caracteriza por estar fuera de la institución, incluso, de la institución familiar. Si vos te fijás, cualquier detective de cualquier novela policial, en general, es un *outsider*. Está fuera de esas instituciones destinadas a aplacar la posibilidad de pensar y aplacar, esa palabra que vos usaste muy bien, que me gusta mucho, que es el ingenio.


El policía no encuentra o no puede resolver los crímenes porque está totalmente disciplinado por la institución policial, pero uno podría agregar a todas las



instituciones, que eso es lo genial. Los detectives son *outsiders*. Y como dice Ricardo Piglia, tampoco están casados, tampoco tienen una familia. No están sometidos al disciplinamiento de ninguna institución, eso es lo que les permite descubrir una verdad. Claramente la posición del psicoanalista es esa. No porque en su vida personal no esté casado, sino porque la función del analista tiene que resistir a cualquier institucionalización del sentido. No es que la persona del analista no esté casada o no pertenezca a ninguna institución, de hecho, muchos pertenecen a instituciones psicoanalíticas. Ahora, la función del psicoanalista, cuando está en ese momento, en el acto psicoanalítico, ese acto está por fuera de lo institucional o por fuera de lo instituido.

María Mónica: Bueno, ahora que mencionas “lo instituido” con relación al psicoanálisis, pensaba en cómo una de las influencias que han tenido los feminismos en la práctica psicoanalista, yo lo digo, al menos, como una persona que se analiza, es el psicoanálisis con perspectiva de género, que está muy de moda, muy en boga, y que es una opción muy atractiva para muchas personas. Te he leído en algunas entrevistas en las que mencionas que es una imposición o sería una imposición hacia las pacientes o los pacientes ¿Podrías ahondar un poco más en esta idea?

Alexandra: Me parece que el problema es que un analista tenga una perspectiva, en el sentido de que... Yo ahí podría decirte: ¿y por qué no perspectiva de clase? ¿por qué no psicoanálisis con perspectiva de clase? Me parece que el problema es, casi, yo diría, un oxímoron que el psicoanálisis tenga una perspectiva. El psicoanálisis es una práctica capaz de alojar y escuchar cualquier manifestación del inconsciente y de un sujeto, un sujeto inédito en el psicoanálisis, y no necesita ninguna perspectiva. La perspectiva no deja de ser un sesgo. Es lo mismo que decíamos hace un rato. Si yo tengo una perspectiva, entonces voy a escuchar todo desde ahí. El psicoanálisis, tal y como yo lo concibo, no es una pedagogía, no se trata de enseñarle nada a nadie. La posición pedagógica de un terapeuta siempre es un ejercicio de poder, con lo cual me parece que no se trata de eso. A mí me parece que cada quien tiene la libertad de elegir el analista que quiera, pero si yo concibo que el psicoanálisis no se trata de la ideología de la persona del analista, entonces no hace falta tener ninguna perspectiva, salvo alojar aquello que se va a producir en el análisis, que no sabemos qué es. Y cuando digo “alojar” es alojar la otredad radical. En el sentido de que el que va a hablar ahí es el paciente, no uno. La ideología de uno tiene que quedar por fuera. No importa el si yo soy feminista; si soy vegana; si soy especista, no sé. No debería importar eso en el momento que yo escuche a alguien porque si importa eso, no voy a poder escuchar.




María Mónica: Ahora que hablabas sobre la mismidad, en *Acostarse con un boludo no es violencia* (2019), Agustina menciona que se había generado cierto revuelo por la publicación de *Jellyfish*, esta novela sobre el aborto. Yo notaba cómo ciertas obras no son tan bien recibidas cuando, por ejemplo, quien las hace es un hombre que habla sobre estos temas. Respecto a estas divisiones entre autor y la construcción de una obra ¿De qué maneras consideras que se construyen estos entramados? El circuito, obra-artista, aunque la obra ya no le pertenece al autor o la autora, sí hay cierta construcción autoral.

Alexandra: Me parece que *Jellyfish* fue un ejemplo paroxístico, digamos, del estado de cosas que me parece que persiste hasta ahora, que es sobre la propia concepción de ficción. Ya no la separación entre narrador y autor, que me parece una separación fundamental. Digamos, que una obra no es la expresión de un autor, no es eso. No es lo que un autor piensa o de la intención de un autor, eso tiene miles de años. Me parece que sobre esa cuestión hay que volver, pero también hay que volver sobre la propia noción de ficción porque se leen ficciones como si no fueran una ficción. Me parece que ese es un problema enorme al que estamos asistiendo hoy es la anulación de la propia ficción, cuando no hay verdad más potente que la que articula una ficción. *Jellyfish* es el diario de una joven que va a abortar, escrito como diario por un hombre, que es Carlos Godoy ¿Qué me importa quién escribió esa obra si el texto tiene una potencia enorme? Es impresionante ese texto. Yo me acuerdo cuando lo leí. Me parece verdadero, en el sentido de los efectos que produce. Pero lo que quiero decir es que estamos viviendo un momento en el que vale tanto la experiencia personal como única autoridad, que también me parece una debilidad, en términos de transformación. La autoridad es la víctima o el testimonio de la víctima cuando, en realidad, la ficción tiene muchísimo para aportar a una época, en el sentido de la potencia transformadora de la ficción. Eso creo yo porque la ficción articula la verdad como ningún otro discurso.

María Mónica: En estos días venía pensando en si no será que también es parte de la magia de la ficción el motivo por el que muchas personas terminan realizando estas asociaciones... Quizá con efectos no siempre deseados o enriquecedores para los autores que las padecen

Alexandra: Claro... Vos dijiste hace rato la palabra “moda”. A mí me parece un problema enorme para las mujeres, hablando del feminismo, que se ponga de moda la literatura de las mujeres. Me parece un problema porque es eso, se termina convirtiendo en moda y no se trataba de una moda, se trataba de otra



cosa. Ahora, volviendo al ejemplo de *Jellyfish*, me parece que ahí, otra vez, no sólo se confunde narrador y autor, sino que, como decíamos también hace un rato, se termina genitalizando el autor.


Entonces, se termina transformando en una cuestión de mercado. Las mujeres pueden escribir y tienen un lugar en el mercado; los varones no pueden escribir sobre ciertos temas, que es un poco lo que pasó antes con las mujeres. Imagínate que, en la historia de la literatura, las mujeres no tenían —estoy hablando hace muchísimos años— lugar en la literatura, salvo para hablar de unos temas. Bueno, estamos asistiendo a ese mismo dispositivo que es “los varones no pueden hablar del aborto” porque “es un tema de mujeres”.

María Mónica: Claro, concuerdo con lo que dices. A la par, en algunas ocasiones, cuando escucho esas críticas, tiene que ver con la idea de regodearse en los privilegios. “Ellos siempre han hablado” es un tipo de argumento cuando se pregunta por los motivos que sustentan la idea de que él, por ejemplo, no pueda escribir una novela sobre el aborto.

Alexandra: Pero, mirá, hay lugar para todos hoy en día en el mercado. Y la verdad es que, vamos a decirlo, nunca se publicó más literatura de mujeres que ahora. En los mercados literarios se pide “literatura de mujeres”. Me parece que hay que disputar eso. No me interesa si el lugar para las mujeres es un lugar en el mercado. En el mercado, en el peor sentido, en el sentido de moda, de quién vende más. Entonces, los privilegios... Está bien ¿Es verdad que los hombres tuvieron privilegios que las mujeres no teníamos antes? Sí, sería una estupidez desconocer eso. Ahora, no me parece que haya que hacerlo inversamente, quitarles privilegios a ellos para usarlos nosotras. La equidad, a mí me parece, es obtener más lugares, pero no a condición de sacar a los hombres de en medio. No me parece que sea eso.

María Mónica: Ahora que apuntas hacia el mercado literario... Cuando una entra a una librería aquí, en Buenos Aires, casi todas tienen una pequeña sección que es “Género y Feminismos” en donde aglutinan a todas las autoras, sin importar de lo que están hablando.

Alexandra: Sí, sin importar si son reaccionarias; si son liberales; si son de auto-ayuda. Son mujeres y bueno, por eso digo, se está convirtiendo en un fenómeno editorial y, a mí eso me parece un problema ¿Qué quiero decir cuando me parece un problema? Que no me deja tranquila, que prefiero seguir pensándolo. Cuando digo “me parece un problema”, quiero decir “quiero seguir pensando esto”.



María Mónica: Comprendo tu acepción de problema. Una de las cosas que mencionas en tu segundo libro *Y Sin Embargo, el amor* (2020) que a mí me parece bellísima es plantear el amor, no para responderlo, sino para mantenerlo planteado. Creo que es la acepción que estás usando ahora.

Alexandra: Gracias, sí.


María Mónica: Sí, de no allanar lo incómodo. Eso también fue una de las particularidades que a mí me llamó la atención cuando hablas sobre la cancelación en el libro. Creo que ante estas ideas sobre el “consumo responsable”, tu libro me permitió pensar en los intentos por arrancar cualquier cosa que sea mínimamente incoherente...

Alexandra: ¿Vos escuchaste que dijiste “consumo responsable”? Es una palabra muy fuerte: consumo responsable.

María Mónica: Sí... No sé si es un movimiento, pero hay una vertiente que viene hablando sobre el “consumo responsable” de ciertos objetos culturales. No sé si lo habías escuchado. Es pensar en que “bueno, Polanski me gusta, no lo voy a ver al cine. Lo voy a ver en mi casa porque no quiero contribuir...”.

Alexandra: Me parece que el problema es la palabra “consumo”, primero. La idea de que se haga extensivo a las relaciones con otros. Segundo, me parece que no aporta nada... Es decir, cada quien tiene derecho a consumir lo que quiera. Ahora bien, la idea de que vos vas a ver en tu casa una película de Polanski y que con eso estarías interviniendo en la transformación me parece muy pueril. En las condiciones de producción de sentidos, las condiciones de producción de mercado son tan otras que no pasan por ahí.

A mí no me interesa asumir el papel de juez. No soy ni juez ni policía. Me parece ahí, una pregunta que deslizó Florencia Angiletta una vez: ¿se puede ser feminista y policía? La respuesta es no. No se puede ser policía y feminista. O sos policía o sos feminista; o sos vigilante o sos feminista; o sos juez o sos feminista. Entonces, si querés ser juez, bárbaro, pero no lo hagas en nombre del feminismo. No ir a ver una obra de Polanski, que tiene una potencia crítica enorme. La última película de Polanski, *J'accuse...!*, que es una película que denuncia el antisemitismo del siglo XIX en Francia y el caso Dreyfus, me parece una obra maestra que tiene un valor de transformación mucho mayor que la persona que dice “no le voy



a pagar una entrada a Polanski porque no voy a colaborar porque consumo responsablemente”. Bueno, lamento que no puedan hacer una lectura de otro orden, de una ficción de las que produce Polanski, en general. Tienen la mala suerte de que Polanski es un genio, cinematográficamente hablando, igual que Woody Allen. Me parece empobrecedor para la discusión. No nos podemos dar el lujo de empobrecer la discusión.

María Mónica: Me gusta que lo plantees como un lujo que no podemos darnos.

Alexandra: No nos podemos tranquilizar porque es eso. No es tan fácil todo. No es “No voy a ver a Polanski al cine y entonces estoy colaborando para que venga un nuevo mundo”. Ojalá fuera tan fácil.

María Mónica: Es ponerse en la posición de salvador de uno mismo ¿Salvar de qué? No sé. De lo que te convierte, en teoría, consumir o adherir...


Alexandra: Me parece que es una lectura muy individualista. Vos dijiste, justamente, que eso deja tranquilo solamente a esa persona que no fue al cine. Ese día se miró a sí misma al espejo y se dijo “hoy colaboré y no le puse un peso a Polanski”. Polanski no es el punto acá; no es la persona de Polanski. De la persona de Polanski, que se ocupe la justicia. De la persona de Woody Allen, que se ocupe la justicia. De la persona de Maradona, que se ocupe la justicia. “Consumiendo” —esa es una palabra espantosa— una ficción, un texto, un juego, es otra cosa.

María Mónica: ¿Qué te parece la palabra “consumir”?

Alexandra: Me parece que está bien en el sentido de que la cultura se consume. Me parece un problema decir “consumo responsable”. Es un oxímoron.

María Mónica: Bueno, como la responsabilidad afectiva que has descrito en tu último libro.

Alexandra: Sí, claro, por eso, va todo en la misma línea y me parece que sobre eso trabajaron muchísimos autores, además de lo que yo trabajé en *Y Sin Embargo, el amor* (2020), que es cómo ese tipo de conceptos terminan siendo funcionales al liberalismo, al capitalismo, al individualismo, porque refuerzan todo lo contrario a lazos comunitarios. Estamos tratando de ver cómo reforzar los lazos comunitarios, sobre todo, en este momento mundial, después de la pandemia, que está todo roto. Y vienen a decir “Amate a ti mismo”, “Amor propio”, “responsabilidad afectiva”, me parece que eso es individualismo disfrazado de buenas intenciones.



María Mónica: Había leído algunas críticas que habías hecho hacia estas consignas ¿Te parece que han disminuido? O realmente ¿las concibes igual o en aumento?


Alexandra: Son muy *new age*. Son las nuevas máscaras del New Age. Lo que noto es cada vez más ironía respecto de esas consignas. Veo a más gente ironizando sobre esas consignas. Me parece muy bien que haya ironía porque es un gran anticuerpo para resistir al avance de esas consignas vacías y que producen mucho daño. Lo que quiero decir es que no son inocuas. Producen daño.

María Mónica: Para volver a las películas... Recientemente leí *Dolor y Política* (2021), el último libro de Marta Lamas en donde ella comenta que recibió muchos ataques por parte de algunas compañeras feministas debido a la publicación de *Acoso. ¿Denuncia legítima o victimización?* (2018). Inevitablemente hice algunas comparaciones con lo que tú mencionabas hace rato. Este tipo de ataques ¿en qué consistieron?

Alexandra: Mirá... Sí, Marta Lamas me parece una gran intelectual. Estoy en contacto con ella. Ahora está compilando un libro al que me convocó; estoy muy agradecida por eso. Ese libro es espectacular porque es un libro de muchos autores distintos y leí todos los artículos que irán en el libro. Es una gran intervención en contra del disciplinamiento y de la vigilancia de algunos feminismos. Me parece una gran intervención de Marta Lamas y Mariana Palumbo haber pensado ese libro. Es un libro que en este momento es posible, quizá antes no hubiera sido posible, por eso mismo que le pasó a Marta Lamas. De ningún modo me voy a comparar con Marta Lamas, en el sentido de lo que le pasó. Marta Lamas es una gran intelectual que viene pensando estas cosas desde hace muchísimos años. Pero sí te voy a confesar algo, que es que yo llego a Marta Lamas porque un estudiante de la facultad, después de esos escraches que yo sufrí me lo recomienda. Yo no había leído el libro de Marta Lamas porque, además, acababa de salir, justamente.

María Mónica: ¿*Acoso*?

Alexandra: Yo no había leído *Acoso* (2018) cuando escribí el primer libro, en 2019. Yo escribí *Psicoanálisis contra natura*; después, a partir del libro, vino la entrevista de Agustina; y después me escrachan. No me quiero victimizar, sólo quiero que quede claro el dispositivo de silenciamiento. Entonces, a partir de los escraches, un estudiante, Luca Zaidan, me acerca el libro de Marta Lamas y me dice: “mirá, Marta Lamas es una antropóloga feminista mexicana. Escribió este



libro y fue muy escrachada”. Cuando voy a leer lo que escribió Marta Lamas, quedo, por supuesto, muy conmovida y muy satisfecha por esa investigación tan rigurosa y ese desglosamiento tan fino de que si todo es acoso, nada es acoso. Me pareció genial. En la entrevista de Agustina, creo que ya nombro a Marta Lamas, si no me equivoco; no me acuerdo. Vos la tenés más fresca que yo. Porque en el medio leí el libro de Marta que sí cito en mi siguiente libro.

El escrache me parece que es un dispositivo de silenciamiento y de censura, nada más. Eso es lo que voy a decir. Lo que me pasó a mí no importa. No tuvo mayores consecuencias, más que una angustia muy fuerte porque no es nada agradable que te escrachen. Es una cosa horrible. Estuve muy angustiada. Pero una vez que uno sale de la angustia, puede pensar un montón de cosas. Estoy muy contenta con que eso no me amedrente porque me parece que mis intervenciones son absolutamente genuinas, en el sentido de que no estoy calculando los efectos de lo que va a pasar con lo que digo. No me estoy cuidando. No estoy calculando. Por supuesto, yo podría decir “si yo hubiera calculado todos esos escraches ¿Hubiera dicho lo que dije? No lo sé”, pero está claro que no lo calculé. No especulo cuando hay muchas personas porque, lamentablemente, yo misma, en ciertas intervenciones, por ejemplo, en Twitter, digo: “esto mejor no lo voy a decir” porque no tengo ganas de bancarme la oleada de hostilidades, después lo puedo escribir en el *Diario Ar*.

Hay mucha vigilancia y mucho disciplinamiento en el escrache y tenemos que resistir eso también. Hay veces que uno no tiene ganas de exponerse a eso, pero lo que no me parece de ningún modo es que la salida de eso sea la auto-censura; eso está pasando en la ficción también. Me parece que no podemos permitir que avance la censura y el disciplinamiento de los escraches, eso no es feminismo tampoco, eso es otra cosa, no es feminismo., eso es persecución y censura. El problema no es del feminismo, el problema es de esas posiciones reaccionarias, conservadoras, que creen que hay que silenciar a todo aquel que piense distinto.

Entrevista realizada el 15 de octubre de 2021 en Buenos Aires, Argentina.